

para pasar de la teoría a la práctica. Como que también las teorías del libre cambio en favor del otro lado del estrecho, estaban demasiado en armonía con un proyecto semejante, de aquí que se buscara con empeño la sanción que esperaban encontrar.

Por imperfecta que haya sido la Exposición Universal de Londres de 1851, no por eso dejará de ser considerada siempre como uno de los acontecimientos más importantes en la historia de la economía política.

Hasta entonces, cada una de las exhibiciones locales habían sido el inventario aproximado de la potencia productiva de cada pueblo. Los ingleses, invitando al mundo entero a este concurso memorable, pusieron a los hombres de estudio en condiciones de apreciar el conjunto de los productos del globo, y de concretar en los diferentes países, las condiciones y las necesidades de la producción.

El espacio nos falta para describir las maravillas del vasto palacio, llamado después «Palacio de Cristal», donde se juntaron los artículos fabricados y los productos agrícolas del mundo entero, limitándonos a citar la inmensa afluencia de visitantes que acudieron de todos los puntos del globo.

La Exposición Universal tuvo por consecuencias capitales hacer reconocer que, a pesar de todo, no había «arcas industriales» y que los procedimientos de la mecánica eran, a corta diferencia, los mismos en todas partes, y que por doquiera también la potencia de las máquinas tendía a sustituir la fuerza humana; que los bajos precios de las primeras materias, constituían una ventaja enorme, y que la libertad de cambiar una tan rica variedad de productos, aportaría a las naciones innegables provechos, activando la producción, favoreciendo su perfeccionamiento por la emulación, y acentuando una tendencia progresiva al nivelamiento de los precios en todos los mercados del universo.

Francia ocupó en ella 9,000 metros de superficie. De los 18,000 expositores, Inglaterra contaba con 9,734, y Francia, que venía en segundo lugar, 1,760. Inglaterra obtuvo 79 grandes medallas, 1,265 de segunda clase, y 2,089 menciones honoríficas y Francia 57 de las primeras y 622 y 1,050 de las últimas respectivamente.

Francia había obtenido una gran victoria industrial, puesto que las recompensas de primer orden eran para ella de un 30 por 1,000 expositores, mientras que los otros países, excepto Suiza, no las habían obtenido más que en la proporción de un 8 por 1,000.

A la Exposición Universal de Londres, sucedieron otras exposiciones universales que tuvieron menos éxito como la de Dublin en 1853, para la cual Londres dió 1.250,000 francos; y la de Nueva-York, en el mismo año, etc.

Francia no podía permanecer rezagada en el gran movimiento que ella había provocado. La Exposición periódica de la industria nacional debía tener lugar en 1854: un decreto ensanchó el perímetro, y el 1.º de Mayo tuvo lugar en el Palacio de la Industria, hecho para ella, la apertura de una «Exposición Universal de los productos agrícolas e industriales de todos los pueblos», que cubría 123,390 metros, comprendiendo un pabellón acristalado construido sobre el muelle de la Conferencia: el palacio sólo medía 50,737 metros. Francia ocupaba 54,000 metros e Inglaterra 17,000.

Algunas cifras bastarán para demostrar la importancia de esta grande manifestación industrial y artística, en la que figuraron 5,000 obras de arte; los jurados de la industria concedieron 112 grandes medallas de honor, 252 medallas de honor, 2,300 de primera clase, 3,900 de segunda y 4,000 menciones honoríficas: las bellas artes obtuvieron 40 condecoraciones, 16 medallas de honor, 67 de primera clase, 87 de segunda, 77 de tercera y 222 menciones honoríficas.

Entre los 3,627,000 visitantes que fueron a París durante los seis meses que duró la Exposición, debemos citar la reina de Inglaterra, el príncipe Alberto y la familia real, Víctor-Manuel, el duque y la duquesa de Brabant, Abd-el-Kader, etc.

A pesar de esta afluencia, la sociedad financiera a la cual había sido concedida la empresa de la Exposición, no hizo sin embargo grandes negocios, y el Estado debió comprar el Palacio de la Industria y convertir las acciones en rentas.

La Exposición internacional de 1862 se abrió en South-Kensington, al sud de Hyde-Park, a unos 300 metros de donde estuvo emplazado en 1851 el Palacio de Cristal. El nuevo edificio, de proporciones colosales, cubría una extensión de tres hectáreas; sus muros eran de ladrillo y sus techos de madera.

El número de visitantes se elevó a 6.110,000 y los ingresos sobrepujaron en 19,600 francos a los gastos que subieron a 11.471,175.

De los 27,379 expositores, 8,765 pertenecían a Inglaterra; 5,495 a Francia y Argelia, 1,133 a España, 659 a Rusia, 299 a Dinamarca, 1,410 a Austria, 1,130 a Portugal, 2,070 a Italia, etc. Los expositores franceses obtuvieron 2,638 recompensas, ó

sea un 48 por 100, y los de Inglaterra 3,927, ó sea un 44 por 100.

A principios de 1864 el palacio de la Exposición de Kensington había desaparecido y su emplazamiento había sido convertido en paseo.

En 1867, calculáronse en veinte millones los gastos de una nueva Exposición Universal, en París en el Campo de Marte. El palacio, comprendiendo ocho galerías circulares, en las cuales estarían reunidos los productos, debía cubrir 146,600 metros; los 300,000 metros restantes fueron felizmente transformados; un vasto jardín estaba reservado a la horticultura.

Fuera del parque, la Exposición se extendía hasta el borde del Sena. La isla de Brillancourt había sido convertida en un anejo agrícola de 23 hectáreas, a un kilómetro y medio del campo de Marte, ocupando la Exposición entera, 694,000 metros cuadrados.

Se distribuyeron 64 grandes premios, 883 medallas de oro, 3,653 de plata, 6,565 de bronce y 5801 menciones honoríficas, a más de 300 condecoraciones de la Legión de Honor: el número de expositores se elevó a la cifra de 42,217.

La Exposición atrajo más de diez millones de visitantes, entre los cuales se contaron el hermano del Taikoun, del Japón, el rey de Grecia, el rey y la reina de Bélgica, el Czar y sus dos hijas, los reyes de Baviera y de Wurtemberg, el rey y la reina de Portugal, el emperador de Austria, el rey y la reina de Prusia, los príncipes de Gales y de Edimburgo, el virrey de Egipto, el príncipe de Montenegro, el de Servia y la mayoría de los príncipes de las casas reinantes.

Otras Exposiciones se inauguraron después, si bien en proporciones más inferiores, tanto en importancia como en resultado.

En 1868 tuvo lugar la de Zaragoza, en 1869 la de Amsterdam y Altona, y en 1870 en Nápoles, Gratz y Londres, donde la exhibición internacional de Bellas Artes industriales se prolongó hasta 1875.

Tres nuevas Exposiciones universales tuvieron lugar en 1873, en Moscou y en Lyon y en Viena; en 1875 se verificaron las de Sydney, Valparaiso y Santiago de Chile, y en 1876 las de Filadelfia y Bruselas, contribuyendo todas ellas al perfeccionamiento de las industrias y al desarrollo de las ciencias y de las artes.

En 1878 otra Exposición universal se inauguraba en París, sobrepujando en mucho a la anterior. Las 20 hectáreas que tenía aquella, no bastaron en ésta, que tuvo nueve más.

De fecha demasiado reciente es esta gran fiesta industrial para que haya necesidad de describirla detalladamente. Únicamente recordaremos que esta Exposición trajo consigo la erección del palacio del Trocadero; la organización del parque y jardines sobre las dos riberas del Sena con kioscos, aquariums, casas rústicas y fuentes monumentales; la construcción de un palacio rectangular que tenía 350 metros de fachada por la parte del Colegio militar, y numerosos pabellones anejos junto a la avenida de Bourdonnais, para las máquinas, para la agricultura, junto al puente del Alma, y para la villa de París, en el jardín central, sin mencionar la Exposición de ciencias antropológicas relegada a un pabellón en las inmediaciones del Trocadero, y de las construcciones reconocidas como indispensables, junto a los muelles de Billy y de Orsay, etc.

Los 602,000 metros cuadrados destinados en su principio para la Exposición, debieron aumentarse hasta 679,300.

Como en la anterior, vióse sumentemente visitada, habiéndose elevado a diez y seis millones los visitantes, entre los que se contaron varios reyes y príncipes reinantes.

El número de expositores fué el de 52,835, de los que 25,872 pertenecían a Francia y sus colonias; 3,184 a Inglaterra; 4,583 a España; 2,408 a Italia; 1,700 a Bélgica, 1,202 a Rusia, etc.

Las recompensas distribuidas fueron 29,800 en total, de las cuales 324 fueron diplomas de honor, 181 grandes premios, 764 diplomas equivalentes a medallas de oro, 2,423 medallas de oro, 6,212 medallas de plata y 9,213 menciones honoríficas.

Desgraciadamente el éxito financiero no respondió al éxito moral e industrial de esta gigantesca empresa.

Al año siguiente, se celebraron Exposiciones universales en Sydney y en Arnheim; en 1880 fué en Melbourne donde la industria francesa obtuvo un verdadero éxito; en 1882 la hubo en Buenos Aires, en 1883 en Niza y Amsterdam; en 1884 en Calcuta y Santiago de Chile; en 1885 en Nueva Orleans Budapest y Anvers; en 1886 en Londres, Liverpool, Folkestone y Edimburgo; en 1887 en el Havre, y finalmente, en 1888 en Barcelona.

Antes de esto, habíanse ya verificado en España diversas Exposiciones regionales, importantes todas ellas, porque desde luego demostraban el afán que también tenía nuestra nación por tomar su parte en el universal banquete que la civilización y el progreso, estaban ofreciendo al mundo entero.

Habíase tratado en varias ocasiones, de Univer-

sales Exposiciones, con mayor motivo cuando que, habiendo concurrido gran número de expositores españoles á los grandes certámenes abiertos años antes, así en Londres como en Viena y París, estos mismos hubieran sido los principales contribuyentes para los gastos que un acontecimiento de este género lleva consigo.

Mas todos los esfuerzos se habían estrellado ante multitud de dificultades que no son para este sitio referir, pero especialmente por la apatía de los mismos Gobiernos que, más dispuestos á hacer política que á ocuparse del verdadero adelanto del país, no encontraban medio de poder atender á aquella tan justa necesidad.

Cuando se estaba dudando respecto á la celebración del próximo certamen universal, presentóse en Barcelona el Sr. Serrano Casanovas con un proyecto de Exposición Universal, que habría fracasado seguramente, á no tropezar con un verdadero carácter.

Figura que se destaca poderosísima entre ese portentoso acontecimiento que para la importancia de España en general y de Barcelona en particular, se verificó en 1888, es la del célebre alcalde de esta ciudad, D. Francisco de Paula Rius y Taulet, cuya actividad, cuyo afán infatigable, cuya constancia á toda prueba, cuyas amarguras, cuyos desengaños y cuya inmensa alegría al ver la realización de su sueño, creemos que ni han sido comprendidos todavía, ni apreciados en su justo valer por sus mismos compatriotas.

Permítasenos que en este lugar de nuestra humilde publicación, rindamos un justo tributo de respeto y de admiración á la memoria del que ya no existe, de aquel á quien en vida apenas llegamos á tratar y de quien no hemos recibido ni el favor más leve, ni la dádiva más mínima.

Y hacemos esta salvedad, porque como, dadas las corrientes de nuestra época, suele creerse que lo mismo el elogio que la diatriba, lo mismo la censura que la manifestación del entusiasmo, reconocen como móvil algo de interesado y mezquino, nos creemos en el deber de hacer la manifestación anterior.

Don Francisco de Paula Rius y Taulet encontróse con aquel proyecto, cuya magnitud comprendió en seguida, cuyas consecuencias para la ciudad cuya administración le estaba encomendada, apreció desde el primer momento, y cuya gloria para España y mucho más para el partido liberal, que en aquellos momentos estaba en el poder, había de ser extraordinaria.

Por circunstancias, ajenas en absoluto á la índole

de nuestro trabajo, el Ayuntamiento de Barcelona y por ende su alcalde, encontráronse en un momento dado con que el proyecto fracasaba, con que la idea por éste acariciada, iba á quedar destruida; que el ridículo podría caer, no tanto sobre el concesionario, cuanto sobre aquella Corporación que con él se comprometió, y antes que sucumbir, el alcalde de Barcelona recogió el estandarte del adelanto y del progreso, y ante las abatidas miradas que parecían decir, «ya no habrá Exposición», ostentó con firme mano aquel estandarte en el cual había trazado su enérgica voluntad, «la Exposición Universal tendrá efecto, será la primera que tendrá España, y á Barcelona le habrá cabido la gloria de haberla abrigado en su recinto».

Y efectivamente, la Exposición se hizo.

¡Cuántas dificultades, cuántas acerbadas censuras, cuántas envenenadas críticas, cuántos cargos apasionados no se hicieron, al que sólo atento á la grandeza y al esplendor de su ciudad querida y de su nación venerada, caminaba impávido y sereno conduciendo la nao por entre aquel mar erizado de escollos, hasta llevarla á seguro puerto!

Barcelona sabe muy bien, y nadie más que ella lo puede apreciar, todo lo que como población debe á aquella resolución inquebrantable de Rius y Taulet.

Mejoras urbanas importantísimas, verificáronse en ella, cual la necesidad lo exigía, puesto que un acontecimiento de tal índole tenía que atraer gran concurrencia, siendo tal la calidad de las personas que debían asistir al acto de la inauguración, que debía procurarse que quedaran agradablemente sorprendidas al aspecto de aquella ciudad, desconocida para gran número de ellas.

Consiguióse del Gobierno la subvención que se juzgó necesaria; hizo el Ayuntamiento un esfuerzo, y la población en general, correspondió también á lo que su buen nombre reclamaba.

El 20 de Mayo de 1888, la Reina Regente inauguraba la soberbia Exposición, á la que habían acudido 12,866 expositores, número respetabilísimo tratándose de la primera de este género que, en España se celebraba.

Los espacios ocupados por las naciones extranjeras en el Palacio de la Industria, cuya superficie total era de 50,000 metros distribuidos en 25 naves, fueron 20,875; las provincias españolas 10,200, y Barcelona 11,200. La galería de máquinas, con una superficie de 5,760 metros, ocupó 3,339.

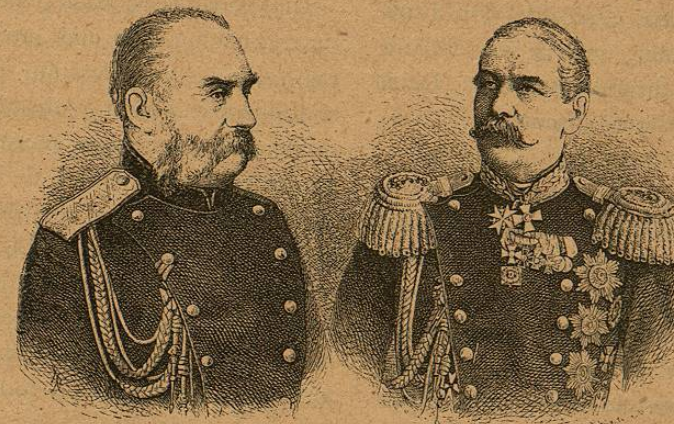
Una multitud inmensa había acudido á Barcelona para contribuir con su alegría y con su entusiasmo

á la grandeza del acto que iba á verificarse, y en estos términos describía el decano de la prensa barcelonesa, *El Diario de Barcelona*, el que tuvo lugar el día 20 de Mayo.

«Acto majestuoso é imponente fué el que se realizó en el inmenso salón del Palacio de Bellas Artes. Nuestra amada Reina Regente Doña María Cristina en nombre de su augusto hijo S. M. el rey Don Alfonso XIII (q. D. g.), se había dignado aceptar la invitación del Ayuntamiento y del Consejo de la Exposición, para que honrase con su presencia la apertura del Certamen. Las potencias extranjeras, deseosas de pagar un tributo á la prudencia política y á las virtudes de la Reina, y con el propósito también de alentar un Certamen que se celebraba bajo sus auspicios, enviaron sus escuadras

á nuestras aguas, presentando un espectáculo que acaso no registre antes la Historia y que de fijo no volveremos á ver los nacidos, ni acaso tampoco la generación que nos suceda. ¡Hermosísimo cuadro! ¡Las artes de la guerra, las naciones hoy armadas, en previsión de dolorosos acontecimientos, viniendo á tributar homenaje á la excelsa señora que tan felizmente rige los destinos de la nación española, haciéndolo con motivo de una fiesta exclusivamente dedicada al trabajo, á la paz y á la fraternidad cristiana de los pueblos!

El Rey de España, la Reina Regente, la Princesa de Asturias é Infanta en la grandiosa fiesta de ayer, se vieron rodeados de los representantes de los principales países civilizados, representación que se hallaba no sólo en los príncipes y embajadores que



GENERAL NEPOFITZKI.

GENERAL TODLEBEN

han venido á tomar parte en ella, sino también en las personas de diversas naciones que se encontraban en el salón y que unieron sus voces á los entusiastas vivas que nosotros dábamos al Rey y á la Reina Regente. Con el ceremonial de Palacio entró S. M. en el magnífico y espléndido edificio en donde la inauguración debía verificarse á los acordes potentes de la marcha real, tocada por una orquesta y por la banda del Municipio. S. M. en brazos del ama, entró el primero rodeado de los guardias alabarderos, siguiéndole SS. AA. RR. la Princesa de Asturias, doña María de las Mercedes, y la Infanta doña María Teresa. Venían inmediatamente la Reina Regente vestida de negro con elegantes bordados de oro, dando la derecha á la duquesa de Edimburgo ricamente ataviada. Seguíanles el regio séquito de príncipes, embajadores, dignatarios con varios uniformes, algunos de los

cuales, como los de los húngaros, recordaban las espléndidas y vistosas vestimentas de Oriente. Es difícil describir el aspecto de riqueza y majestad que ofrecía el testero del salón del Palacio de Bellas Artes, en el momento en que se hubieron sentado en sus respectivos sitios SS. MM. y AA. RR.

El augusto Rey niño, que iba con traje blanco, sombrero de igual color con plumas, se sentó en el sillón Real y permaneció en él, con excepción de un corto intervalo, durante toda la ceremonia, á pesar de la duración. Delante del Rey, sentadas en almohadones, se colocaron la Princesa y la Infanta, y á la derecha de S. M., SS. AA. RR., el duque de Edimburgo, el príncipe Ruperto, de Baviera y el príncipe Jorge de Gales, y á la izquierda de S. M. la Reina Regente, la duquesa de Edimburgo y el duque de Génova. Detrás del trono estaban colocados el duque de Medina-Sidonia, mayordomo